

Análisis de los roles de la historia de la filosofía en la formación filosófica: hacia una propuesta didáctica para formar filósofos fontaneros

Analysis of the Roles of History of Philosophy within Philosophical Education: Towards a Didactical Proposal to Promote Philosophical Plumbing

Javier Aguirre¹
Rachel Tillman²

Cómo citar/ How to cite: Aguirre, J. & Tillman, R.. (2020). Análisis de los roles de la historia de la filosofía en la formación filosófica: hacia una propuesta didáctica para formar filósofos fontaneros. *Revista Saber, Ciencia y Libertad*, 15(2), 164 – 180. <https://doi.org/10.18041/2382-3240/saber.2020v15n2.6727>

Resumen

El objetivo principal del texto fue presentar una defensa de la enseñanza de la historia de la filosofía para la formación filosófica. Se mostró, a partir de la perspectiva de la filósofa inglesa Mary Midgley y su polémica comparación entre la fontanería y la filosofía, la naturaleza histórica de toda buena reflexión filosófica. Asimismo, con base en las reflexiones de Richard Rorty, se presentó una propuesta sobre un acercamiento a la historia de la filosofía que motive a la reflexión filosófica. El texto concluyó con la formulación de posibles lineamientos didácticos que se pueden implementar para desarrollar actividades de enseñanza y aprendizaje de la historia de la filosofía que motiven a la reflexión filosófica. La metodología usada fue, principalmente, la hermenéutica crítica en conjunto con acercamientos fenomenológicos orientados por nuestras propias experiencias. En todo caso, el análisis se centró en una revisión teórica – cualitativa con base en el análisis de fuentes documentales.

Palabras clave

Filosofía; historia; pedagogía; educación.

Abstract

The text argues in favor of teaching the history of philosophy as a way to promote a strong philosophical education. First, we will expound Mary Midgley's contrast between plumbing and philosophy in order to show how every good philosophical thought presupposes knowledge of its own history. Then, we will present a didactic proposal to develop an approach to the history of philosophy that promotes philosophical reflections. For this, we will use Richard Rorty's genres to describe the historiography of philosophy. In the final

Fecha de recepción: 28 de marzo de 2020
Fecha de evaluación: 20 de abril de 2020
Fecha de aceptación: 28 de mayo de 2020

Este es un artículo Open Access bajo la licencia BY-NC-SA
(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>)
Published by Universidad Libre



1 Doctor en Filosofía. Magíster en Filosofía. Profesor Titular Escuela de Filosofía - Universidad Industrial de Santander. Correo electrónico: jaguirre@uis.edu.co ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-3734-227X>

2 Doctora en Filosofía. Magíster en Educación. Profesora Escuela de Filosofía - Universidad Industrial de Santander. Correo electrónico: rachtill@gmail.com ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4062-3424>

section of the text, we will expand Rorty's ideas with a concrete proposal to develop class activities within a course on the history of philosophy that would promote philosophical reflections.

Keywords

Philosophy; history; pedagogy; education.

Introducción

Quienes hemos escogido el camino del aprendizaje y la enseñanza de la filosofía en el contexto académico nos enfrentamos permanentemente al siguiente dilema: ¿se puede enseñar y aprender a filosofar o simplemente se puede enseñar y aprender filosofía? Lo primero se refiere a un método o una praxis propia y original, que es lo que suele querer todo joven estudiante de filosofía que llega a la universidad con la pretensión de convertirse en un auténtico filósofo. Lo segundo se refiere a los diversos contenidos que se encuentran en los sistemas filosóficos desarrollados a lo largo la historia de la filosofía. Una buena cantidad de nuestros estudiantes sienten que esto último fue lo que obtuvieron al finalizar su carrera; es decir, un cúmulo de conocimientos que, al parecer, los acreditaron como conocedores parciales de la historia de la filosofía más no necesariamente como filósofos. Ahora bien, aunque por diversas razones nos cueste trabajo identificarnos como filósofos, deberíamos admitir que esa fue la pretensión que teníamos cuando empezamos a estudiar filosofía. Como filósofos, enseñamos filosofía y queremos enseñar a filosofar; y los estudiantes que recibimos en nuestras universidades llegan con la intención de convertirse en filósofos³.

Así las cosas, la pregunta planteada en el primer párrafo se debe reorientar hacia el rol que el conocimiento de esos sistemas filosóficos

debe desempeñar en un proceso de enseñanza y aprendizaje que debería desembocar en la formación de filósofos. Una vez admitimos nuestro interés por enseñar a filosofar, nos tenemos que preguntar por la manera como el conocimiento de la historia de la filosofía nos ayuda en, o nos dificulta, el logro de tal objetivo. Tradicionalmente la historia de la filosofía se aborda desde un listado ya establecido de autores y textos que conservarían y expresarían el verdadero pensamiento filosófico. El llamado canon filosófico delimitaría la hoja de ruta que nos debería guiar en nuestro camino para llegar a ser verdaderos filósofos. La historia de la filosofía, desde este punto de vista, sería una especie de mapa que nos indicaría qué lugares transitar para llegar a nuestro destino final del filosofar. Las limitaciones de esta forma de abordar la historia de la filosofía son numerosas; acá describiremos simplemente dos. Primero, no tiene en cuenta el carácter contingente del canon, el cual se basa, en gran medida, en exclusiones basadas en razones no filosóficas. Una verdadera conciencia filosófica debe reconocer que el canon ha sido construido con base en relaciones de poder raciales, geográficas y patriarcales que han dejado por fuera a una buena cantidad de pensadoras y pensadores quienes no suelen ser considerados “filósofos” simplemente por haber nacido “en el lugar equivocado”. Segundo, este enfoque, que le pretende rendir un culto a las figuras históricas, comete un grave error histórico: olvida que justamente esas figuras canónicas llegaron

3 En su texto “Hacer historia de la filosofía, hoy”, Jaques Brunschwig realiza una coherente defensa de una historia no filosófica de la filosofía. Su texto se presenta como una defensa de la necesidad de la actividad profesional del historiador de la filosofía, claramente diferenciada de la actividad cultural y profesional del filósofo. Las reflexiones que presentamos en este texto se dirigen a quienes no desean desempeñarse como historiadores de la filosofía sino como filósofos. Para leer el texto de Brunschwig, en conjunto con una revisión realizada años después en el marco de un debate con Pierre Aubenque, se puede consultar el libro “Nuestros griegos y sus modernos” compilado por Barbara Cassin (1994). La clara y honesta defensa de Brunschwig hace que la profesión, o al menos la especialización del historiador de la filosofía se vea, en efecto, como una posibilidad legítima y deseable. En este escrito, no obstante, nos dirigimos a quienes desean formar filósofos y usar la historia de la filosofía para ello.

a serlo justamente por separarse de forma radical y novedosa del canon establecido en su época.

Como una forma de responder a estas limitaciones, algunos programas de filosofía han optado por un enfoque basado en problemas. Alternativa que se asemeja al interés de la “filosofía analítica” por dejar de preocuparse por “proposiciones de autor” (*authorial propositions*), como por ejemplo “Descartes presenta una noción intuicionista de la verdad” y concentrarse en cambio en resolver problemas (*problem solving*) filosóficos relevantes para nuestro presente (Nichols, 2006: 37 – 38). Se busca con esto evitar que el estudiante de filosofía se quede para siempre atrapado en las redes dogmáticas e irrelevantes de la historia de la filosofía. Se pretende, con esto, fomentar un pensamiento filosófico propio que permita encontrar respuestas originales a las preguntas de antaño o, incluso, plantear nuevas preguntas mucho más relevantes para nosotros. Esta visión, hay que admitirlo, es atractiva pues se encuentra respaldada por un buen número de los filósofos mismos del canon quienes, como se señaló líneas atrás, llegaron a a ser lo que son por separarse del canon filosófico de su época. Recuérdese, por ejemplo, que Descartes no dudó en comparar a quienes se concentran en seguir las doctrinas de los grandes maestros del pasado con la yedra “que no solo no alcanza mayor altura que los árboles que la sostienen, sino que frecuentemente desciende después de haber alcanzado la copa” (A-T, VI, 70)

En todo caso, aunque digna de ser considerada seriamente, esta perspectiva implica un grave riesgo. En efecto, este desprecio a la historia de la filosofía suele provenir de propuestas que pretenden que la filosofía se parezca cada vez más a otros saberes mucho más delimita-

dos, precisos y “útiles”. Las voces que menosprecian el recurso a la historia de la filosofía como una forma de aprender a filosofar suelen preguntarse: ¿qué pasaría, por ejemplo, si los físicos pasaran tanto tiempo como los estudiantes de filosofía leyendo sobre física antigua, medieval o incluso moderna? ¿Cómo podrían realizar nuevos descubrimientos? O también: ¿tendría alguna ventaja organizar tantos congresos, seminarios y simposios de “medicina antigua”, “medicina hipocrática” o “medicina galena” como parecen creerlo los filósofos que se reúnen en diversos eventos de filosofía griega, medieval o moderna? En todos estos casos, la pretensión subyacente es que, al dejar de lado la historia de la filosofía, finalmente la filosofía se vuelva una “ciencia completa”. Pero esto terminaría por eliminar a la actividad filosófica misma pues, como lo ha mostrado el filósofo canadiense Charles Taylor, los problemas filosóficos deben ser entendidos genéticamente (Taylor, 1990: 17). Es por esto que en muchos casos rechazar la relevancia de la historia de la filosofía puede implicar despedirse de la filosofía misma.

Creemos que “el conocimiento de la historia de la filosofía es condición necesaria, mas no suficiente, del filosofar” (Durán, 2005: 191). En este sentido, pretender rechazar sin más la historia de la filosofía por alcanzar un supuesto “verdadero filosofar” es ingenuo puesto que no tiene en cuenta uno de los progresos más notables en la historia “reciente” de la filosofía, a saber, el “descubrimiento” que el conocimiento filosófico es fundamentalmente histórico⁴. En el marco de esta discusión, el presente texto se ofrece como una defensa cualificada de la enseñanza de la historia de la filosofía para la formación filosófica y como una propuesta para implementar en el aula el estudio de tal historia de una forma que motive al pensamiento filosófi-

4 De cierta forma se puede afirmar que Aristóteles fue el “fundador” de la historia de la filosofía en el Libro I de la *Metafísica*. Igualmente, es innegable que autores como Diógenes Laercio y Filostrato desarrollaron historias del pensamiento en sus libros *Vidas de los filósofos más ilustres* y *Vidas de los sofistas*. No obstante, estamos de acuerdo con Arnoldo Mora en que fue Hegel quien planteó de forma explícita y directa las relaciones entre la filosofía y su historia desde un enfoque puramente filosófico (Mora, 2002).

co. Creemos que si bien la verdadera formación filosófica debe tener en cuenta su historia, no lo debe hacer de cualquiera manera. Queremos entonces reivindicar y proteger los estudios de la historia de la filosofía, siempre y cuando se lleven a cabo con una actitud filosófica.

Nuestra defensa se basará en el análisis que realizaremos de la perspectiva de la filósofa inglesa Mary Midgley y su polémica comparación entre la fontanería y la filosofía, así como en nuestra lectura de la clasificación adelantada por el filósofo estadounidense Richard Rorty sobre los distintos géneros de la historia de la filosofía⁵. Como conclusión de nuestra investigación, propondremos descripciones de posibles lineamientos didácticos que se pueden implementar en las asignaturas para desarrollar actividades de enseñanza y aprendizaje de la historia de la filosofía que motiven a la reflexión filosófica.⁶

Metodología

La investigación desarrollada tiene una naturaleza teórica, de tipo cualitativo. El objetivo principal se alcanzó a partir de una revisión de fuentes documentales con el fin de delimitar los elementos principales de la discusión sobre las relaciones entre la historia de la filosofía, la enseñanza de la filosofía y la actividad filosófica misma⁷. Una vez identificados estos elementos, se realizó un análisis hermenéutico crítico de los presupuestos conceptuales de dos visiones que permitían reflexionar sistemáticamente so-

bre tales elementos. Estas visiones fueron la propuesta de Mary Midgley sobre la naturaleza práctica de la filosofía y las distinciones realizadas por Richard Rorty sobre las formas de abordar el estudio de la historia de la filosofía. En la etapa de lectura de los textos básicos se siguió la técnica de análisis documental, la cual permitió llevar a cabo las reconstrucciones que se presentan a continuación. En todo caso, la metodología de la investigación acá presentada fue coherente con la naturaleza teórico – cualitativa de esta última: la hermenéutica crítica desde la cual se interpretaron y discutieron los textos seleccionados. Con base en la revisión teórica se construyó, al final, una propuesta de lineamientos didácticos con base en los cuales se pueden adelantar procesos de enseñanza y aprendizaje que motiven a la reflexión filosófica.

Resultados y discusión

Filosofía y fontanería

La atrevida comparación que la filósofa Mary Midgley realiza entre la fontanería y la filosofía permite entender por qué razón la historia de la filosofía es esencial para la formación filosófica. Según Midgley, tanto la fontanería como la filosofía surgen en sociedades con una elevada complejidad que tienen bajo su superficie sistemas muy importantes para su modo de vida. Estos sistemas satisfacen las necesidades vitales de quienes viven por encima de ellos. “Resulta difícil arreglarlos cuando fallan, ya que ninguno de los dos se diseñó cons-

5 Acá es fundamental realizar una breve observación metodológica. Somos conscientes de que la clasificación realizada por Rorty parte de su visión neopragmatista de la filosofía. Por esta razón, Rorty afirmará su preferencia por la historia intelectual como la mejor forma de aproximarse a la historia de la filosofía. En este texto intentamos suspender, en la medida de lo posible, las implicaciones neopragmatistas propias de la visión de la filosofía de Rorty y partir, en contraste, de la provocadora visión de filosofía sostenida por Mary Midgley. La razón de esta suspensión tiene que ver con nuestro deseo de enfocar nuestras reflexiones hacia una propuesta de pautas metodológicas para orientar experiencias de aprendizaje en asignaturas dedicadas a la historia de la filosofía. Creemos que la visión de Midgley, al ser más general que la de Rorty, permite llevar más fácilmente la discusión a ese nivel. Para un análisis de la relación entre el neopragmatismo de Rorty y sus reflexiones sobre la historia de la filosofía se puede consultar el texto de Oscar L. González – Castán titulado “Reflexión historiográfica y tradiciones filosóficas: un conflicto sin resolver”.

6 Las reflexiones que acá se presentan son el resultado de la actividad docente e investigativa realizada al interior de una asignatura llamada “Historia de la Filosofía III”. Es por esto que algunas de las reflexiones que acá se presentan parecen orientadas exclusivamente a un curso como este. En todo caso, nos parece que lo dicho se puede extrapolar sin muchas dificultades a asignaturas que se concentren en otros periodos históricos de la filosofía o que se enfoquen exclusivamente en alguno de los filósofos históricos

7 Se analizaron, entre otros, Abundez – Guerra (2018), Mitralaxis, (2018), Carreno (2019), Hutton (2019), Gazit (2019) y Reichl (2020).

cientemente para operar como un todo. Se han realizado numerosos intentos para reformarlos. No obstante, ambos presentan complicaciones que, por lo general, están demasiado extendidas como para permitir un comienzo radicalmente nuevo” (Midgley, 2002: 13). Por lo general, solamente nos acordamos de la existencia del sistema de tuberías que se encuentra debajo de nuestras casas cuando éste falla. En estos casos, la gran mayoría de nosotros suele recurrir a una persona con cierto conocimiento especializado, un fontanero, para encontrar y corregir la falla. Pues bien, para Midgley, así como existe ese sistema físico de tuberías, también existe en nuestras sociedades un sistema que desarrolla nuestros conceptos, ideas y prácticas sociales y culturales que determinan nuestro pensamiento, nuestra personalidad y nuestro comportamiento social. En el caso de las fallas de este sistema el especialista en encontrar las deficiencias sería el filósofo. En estos casos, la mirada crítica del filósofo debe ser capaz de proponer reajustes para nuestros conceptos subyacentes, conceptos que constituyen los supuestos a los que nos hemos acostumbrado. “Tenemos que volver a plantear los supuestos dados, generalmente desordenados e implícitos, de manera que consigamos hallar el origen del problema. Y este nuevo planteamiento debe adoptar una forma útil, una forma que haga que la necesidad de cambio parezca posible” (Midgley, 2002: 14). La actividad filosófica responde entonces a la necesidad de replantear nuestras concepciones y nuestros esquemas conceptuales más fundamentales. Este replanteamiento implica, por una parte, un componente novedoso y creativo que señale un horizonte y una visión no contemplados hasta el momento, y, por la otra, un componente lógico – discursivo que realice las clarificaciones conceptuales y técnicas necesarias para comprenderlos e intentar implementarlos⁸. Por esto último, una buena parte de la actividad filosófi-

ca es “aburrida, y en ocasiones puede resultar increíblemente larga y difícil. Pero es indispensable. Toda idea brillante y novedosa exige una enorme cantidad de cambios, y cuanto más útil vaya a ser esa idea, más se necesitará perfeccionar esos cambios (Midgley, 2002: 15). Así, el estudio de la historia de la filosofía nos ayuda a conocer otras visiones y a entender la forma como intentaron responder a cambios sociales anteriores. También nos sirve para comprender la forma como se originaron los esquemas conceptuales, culturales y sociales que están fallando y que deben ser modificados. Y, finalmente, nos ayuda a presentar alternativas realistas con un nivel de elaboración similar a las opciones que debemos modificar.

Para ilustrar lo anterior podemos valernos de un ejemplo proveniente de la historia de la filosofía moderna usado por la misma Midgley: la noción de contrato social⁹. Este ejemplo nos permitirá extender las reflexiones de Midgley para justificar la relevancia de la historia de la filosofía. Si quisiéramos agrupar algunos de los problemas políticos contemporáneos más apremiantes, podríamos englobarlos en las siguientes categorías: i) la situación política y jurídica de grupos tradicionalmente oprimidos y excluidos como las mujeres, los niños, ciertos grupos raciales y étnicos, las personas con alguna discapacidad física, etc.; ii) la profunda desigualdad económica existente a nivel global; y, especialmente, iii) la degradación y la contaminación ambiental que nos tiene ad portas de una crisis ecológica potencialmente devastadora para la humanidad. Para pensar en alternativas políticas que respondan a tales problemas, es necesario tener en cuenta las limitaciones del esquema

⁸ Es por esto que Midgley señala que los grandes filósofos deben combinar y armonizar los mejores talentos de los abogados con los mejores dones de los poetas.

⁹ Charles Taylor, quien tiene una visión muy similar a la de Midgley (aunque sin la provocativa comparación con la fontanería), ilustra su idea de la naturaleza histórica de la filosofía con base en el modelo epistemológico moderno (Taylor, 1990: 36).

conceptual dominante en la modernidad desde el cual solemos entender nuestras relaciones políticas y sociales, a saber, la idea de contrato social. Esquema que, incluso, puede ser responsable de la existencia de tales problemas. La historia de la filosofía nos muestra que la noción de contrato social fue el instrumento conceptual que usaron los filósofos políticos de la modernidad para pensar la obligación política de una manera horizontal. La legitimidad de los reyes, que provenía de un supuesto derecho divino, fue reemplazada por la idea según la cual “la única razón para obedecer cualquier tipo de gobierno era que éste representara la voluntad del pueblo gobernado y sirviera a sus intereses. El deber cívico nacía únicamente del acuerdo tácito entre ciudadanos racionales, cada uno preocupado por su propio interés, un acuerdo puesto a prueba regularmente mediante el voto” (Midgley, 2002: 19). La idea del contrato social, la cual solo llegó a ser ampliamente aceptada después de muchas disputas violentas y sangrientas, permitió valiosos ideales y prácticas de libertad. No obstante, si queremos pensar en alternativas viables para los problemas señalados anteriormente debemos contemplar nuevos esquemas conceptuales. Si bien el modelo del contrato social fue útil en determinados contextos históricos para enfrentar cierto tipo de opresiones (las tiranías, por ejemplo), lo cierto es que presupone una sociedad atomizada que concibe a los seres humanos “mucho más aislados de lo que suponen la mayoría de las culturas; más aislados, seguramente, de lo que lo están en la realidad” (Midgley, 2002: 21). Separación que también se predica de las relaciones entre esos individuos y su entorno natural. Para encontrar soluciones novedosas y aceptables por ejemplo a los problemas derivados de las relaciones entre los seres humanos y los demás seres “no hablantes” (los demás animales,

las plantas, los bosques, los ríos, etc.), necesitamos ser conscientes del tipo de relaciones políticas y sociales que el modelo del contrato social nos acostumbró a concebir. Es decir, necesitamos estudiar y entender el origen, el desarrollo y las limitaciones del contractualismo social y político para imaginar y elaborar nuevos esquemas conceptuales desde los cuales entender nuestras relaciones sociales y políticas y proponer prácticas culturales y sociales alternativas o complementarias. Aunque un fontanero no necesita conocer la historia de la fontanería desde las primeras civilizaciones hasta la época moderna para corregir una falla, sí necesita conocer los antecedentes de la falla, es decir, el tipo de tubería del que se trata, su origen, las diferentes trayectorias que la anteceden, la forma como fue construida, las posibles alternativas de tubería para usar, etc. De forma similar, para el caso de la filosofía, plantear y pensar en los problemas filosóficos acuciantes para nuestro presente requiere que conozcamos las trayectorias pasadas de nuestros conceptos, ideas y prácticas sociales y culturales que determinan nuestro pensamiento, nuestra personalidad y nuestro comportamiento social; para esto una fuente fundamental es el pensamiento de los filósofos del pasado y la manera como desarrollaron sus problemas filosóficos y sus propuestas de solución.

Posibles aproximaciones a la historia de la filosofía

Si bien toda reflexión filosófica necesita de un acercamiento a su historia, esto no quiere decir que todo acercamiento a la historia de la filosofía lleve necesariamente a la reflexión filosófica. Para no reivindicar ingenuamente los estudios de la historia de la filosofía es necesario distinguir entre acercamientos que promuevan la reflexión filosófica y acercamientos que la dificultan (o simplemente que no están interesa-

dos en ella). Creemos que tal distinción la podemos hacer a partir de la tipología de cinco posibles maneras de abordar el estudio de la historia de la filosofía presentada por Richard Rorty. La perspectiva de Rorty es adecuada y valiosa porque a pesar de ser bastante amplia y flexible, también es crítica, propositiva y sistemática. Es decir, a la vez que muestra diversas formas en que es valioso realizar estudios de historia de la filosofía, también se atreve a señalar cómo no deberían llevarse a cabo. Igualmente, la visión de Rorty es particularmente atractiva por ser desarrollada en un contexto poco amigable a la historia de la filosofía como lo es la filosofía analítica¹⁰. En todo caso, para conocer otras defensas de la historia de la filosofía en el mismo contexto se puede consultar a Popkin (1985) Yolton (1986), Garber (1988), Taylor (1990) y más recientemente a Nichols (2006).

Rorty parte de señalar la polisemia propia de la afirmación “historia de la filosofía”. Para él, cuando hablamos de estudiar “historia de la filosofía” podemos referirnos a cinco actividades o géneros más o menos diferentes. Estos géneros son: la doxografía, la reconstrucción histórica, la reconstrucción racional, la *Geistesgeschichte* o la historia del espíritu y la historia intelectual. En lo que sigue presentaremos una breve descripción de cada uno de estos géneros.

La historia de la filosofía como doxografía

Las doxografías pretenden mostrar las visiones de los “grandes filósofos” en relación con los “grandes problemas o temas” tradicionales de la filosofía¹¹. Las doxografías las podemos encontrar en los libros que describen y organizan su presentación de las posiciones de los diversos filósofos históricos en acápites ampliamente conocidos y discutidos, por ejemplo, el problema del fundamento o la naturaleza del

conocimiento según...; o la noción de verdad según...; o el fundamento del poder político según...; o la teoría de la justicia según...; o la teoría del significado según..., etc. Las doxografías presentan descripciones de lo cada uno de los filósofos del canon señaló particularmente sobre unos determinados temas. Para Rorty, este enfoque es aburrido y desesperante pues se crea un diálogo artificial entre las figuras canónicas que no desemboca en ningún lugar. Esta forma de abordar la historia de la filosofía es deficiente por dos razones. Primero, porque no tiene en cuenta los contextos históricos en los cuales fueron producidos esos pensamientos filosóficos. Es decir, a pesar de recurrir a la historia de la filosofía, la doxografía es, en realidad, ahistórica, lo que la lleva, en muchas ocasiones, a imponer problemas filosóficos a figuras canónicas que reflexionaron en contextos para los cuales tales problemas resultan extraños. Segundo, tampoco se atreven a realizar una evaluación crítica de tales perspectivas a la luz de nuevos y más sólidos argumentos relacionados con los problemas y las realidades del presente. Es decir, las doxografías son acriticas; se limitan a realizar simples exposiciones comparativas. Las deficiencias de esta manera de concebir la historia de la filosofía tienen que ver, en última instancia, con la concepción de filosofía que les subyace. Como ya lo había notado Hegel en sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, si la historia de la filosofía se reduce a una simple colección de opiniones, la filosofía misma se reduce a ser una simple actividad productora de opiniones, indiferente, seca y verdaderamente inútil (Hegel, 1995: 18). De ahí que los estudios de la historia de la filosofía que pretendan motivar reflexiones filosóficas como las de los filósofos fontaneros deben evitar caer en doxografías. Esto implica dos compromisos. Por una parte, se debe evitar imponer una serie de problemas a un canon preestablecido sin

10 En su texto “La revisión neohistoricista del significado de la historia de la filosofía”, Serafin Vegas presenta una lectura del giro que en las décadas de los setenta y ochenta dio la filosofía analítica en relación con la historia de la filosofía.

11 Como ejemplos de este enfoque Rorty cita al texto *Los problemas de la filosofía* de B. Russell y al libro *A History of Philosophy* de W. Windelband.

tener suficiente consideración a los problemas mismos, es decir, sin tomárselos seriamente en sus consecuencias últimas y en sus trayectorias históricas. Y también, por otra, se debe evitar imponer un canon a una serie de problemas sin tener suficiente consideración por el canon mismo, esto es, sin evaluar críticamente el lugar ocupado por cada figura histórica en ese listado y, si es el caso, estar dispuesto a revisar radicalmente el canon.

La historia de la filosofía como reconstrucción histórica

Las reconstrucciones históricas tienen en común con las doxografías su interés explícito por los pensamientos de los filósofos históricos mediante un acercamiento directo a sus textos. La gran diferencia radica en que las reconstrucciones históricas pretenden describir los argumentos y los problemas de los filósofos con base en sus propios términos y desde su propio contexto. Se busca el reconocimiento y la comprensión del marco conceptual, pero también del momento histórico, desde los cuales los filósofos del canon crearon su pensamiento. Esto implica que para explicar la filosofía de cualquier figura histórica debemos abstenernos de usar criterios de descripción surgidos con posterioridad. Solo podemos comprender a los filósofos del pasado a partir de los términos que usaron y que hubieran comprendido personas que convivieron con ellos. Rorty compara esta perspectiva con la del antropólogo quien intenta adentrarse en la mente de los grupos humanos que estudia y está dispuesto a usar un lenguaje y realizar unas prácticas que no aceptaría en su propio hogar.

Las reconstrucciones históricas se realizan con dos finalidades particulares que son coherentes con la idea de fontanería filosófica descrita por Midgley. La primera de ellas es recuperar o descubrir intuiciones o perspectivas filosóficas perdidas y olvidadas que, no obstante, aún pueden iluminar nuestros caminos. La segunda es reconocer formas de vida intelectual distin-

tas a las nuestras, lo cual nos permite apreciar la contingencia de sus problemas filosóficos y, desde ahí, concebir también los nuestros. Es por esto que las reconstrucciones históricas, a diferencia de las doxografías, se interesan por reconstruir los elementos más relevantes del contexto histórico y social en el que vivieron los filósofos y mostrar las relaciones explícitas e implícitas que tuvieron con su pensamiento. Se entiende así que la historia de la filosofía no es únicamente la historia de las ideas y los argumentos producidos por los filósofos. Esta historia también incluye los acontecimientos históricos que de alguna u otra forma acompañaron (y siempre acompañarán) la reflexión filosófica, la cual vive en la aparente contradicción de ser, tanto un producto y una respuesta a su tiempo, como un intento de ir más allá del mismo. Ahora bien, ser conscientes del contexto histórico de los filósofos y su relación con su pensamiento nos debería servir para hacernos conscientes de nuestro propio contexto histórico y preguntarnos por los acontecimientos políticos, económicos, sociales que están formando nuestro pensamiento y retando nuestro indagar filosófico. De ahí que una reconstrucción histórica bien hecha nos deje en la puerta de otro de los géneros descritos por Rorty: las reconstrucciones racionales.

La historia de la filosofía como reconstrucción racional

En este género el estudio de la historia de la filosofía se realiza a partir de los problemas que nosotros consideramos relevantes. Son los problemas que los filósofos fontaneros creen detectar en sus propios sistemas de tuberías conceptuales. Nos acercamos a los filósofos del canon a partir de las cuestiones discutidas en nuestro presente. La reconstrucción que se hace de las figuras filosóficas se realiza desde un problema filosófico concreto que tenemos y que se acercaría a las preguntas o problemas del filósofo histórico que estamos estudiando. Según Rorty, acudimos a la historia de la filosofía en este caso para satisfacer nuestro deseo de entender

nuestra historia como un amplio intercambio conversacional en el que podemos dar cuenta del lugar avanzado en el que nos encontramos en relación con nuestros antepasados, quienes incluso serían capaces de aceptar y reconocer nuestro progreso racional y social a la luz del diálogo sostenido con nosotros. En palabras de Rorty, “Necesitamos imaginar a Aristóteles estudiando a Galileo o a Quine y cambiando de opinión, a Santo Tomás leyendo a Newton o a Hume y cambiando la suya, etcétera. Necesitamos pensar que, en la filosofía como en la ciencia, los poderosos muertos equivocados contemplan desde el cielo nuestros recientes aciertos y se sienten dichosos al ver que sus errores han sido corregidos” (Rorty, 1990: 71).

La reconstrucción busca mostrar que las respuestas de los filósofos históricos a los problemas fueron interesantes y de cierta manera razonables, pero que necesitan ser, o bien reinterpretadas y complementadas, o bien simplemente refutadas a partir de los nuevos conocimientos. Quien realiza reconstrucciones racionales entiende que los filósofos históricos tuvieron ideas extraordinarias, pero no las pudieron desarrollar completa y correctamente por las limitaciones de su tiempo. Este enfoque se concentra, por lo general, solamente en una limitada área del trabajo del filósofo histórico (por ejemplo, el escepticismo de Hume en su argumentación sobre la causalidad). La reconstrucción racional acude a la historia de la filosofía explícitamente con la condición de que este estudio no se convierta en una especie de culto a los muertos. Las reconstrucciones racionales reclaman el derecho a ser críticos con ese pasado filosófico y a verlo desde nuestras preguntas, problemas y propuestas de respuestas. El riesgo que se asume con esta práctica, como lo indica Rorty, es caer en anacronismos en la medida en que podemos imponer nuestras propias categorías a discursos filosóficos extraños a ellas. O incluso buscar y forzar respuestas a problemas que los filósofos históricos simplemente nunca se plantearon. En esto las reconstrucciones racionales se asemejan a las doxografías. La

diferencia es que las primeras desarrollan una relación crítica con el pasado mientras que las segundas, como lo señalamos anteriormente, se limitan a exponerlo de forma neutral. Ahora bien, el miedo al anacronismo no puede ser más grande que el miedo a que la filosofía se convierta simplemente en un discurso histórico o estético sin ningún valor real para nuestro presente. Existe una demanda misma de la filosofía, la cual, como lo señala Gutiérrez, si no quiere “hundirse bajo el peso de lo sabido, y renunciar a toda originalidad a favor de un ideal meramente doxográfico, tiene entonces que invertir su riqueza en un giro decidido de reflexión. Del patrimonio muerto se nutre así un preguntar insistente, que vivifica por lo menos en parte la inmensa cantidad de pensamientos ya pensados” (Gutiérrez, 2008: 68)

En todo caso, el estudio filosófico de la historia de la filosofía debe ser capaz de aceptar y convivir con cierto nivel de anacronismo puesto que, a pesar de todos nuestros mejores intentos por ser históricamente rigurosos, todo acercamiento a la historia de la filosofía va a estar siempre mediado por nuestras preguntas y problemas. A la larga, las reconstrucciones históricas van a ser siempre limitadas, razón por la cual deben aceptar su ineludible combinación con las reconstrucciones racionales. Como lo señala el mismo Gutiérrez, “no se trata de esforzarnos por descartar nuestras expectativas interrogantes de sentido, sino de hacerlas bien conscientes a fin de que los textos que buscamos comprender puedan responder claramente a ellas” (Gutiérrez, 2008: 69). O, como ya lo señaló Aubenque: “Exijo simplemente que el anacronismo sea consciente. Un anacronismo confeso está a medias perdonado” (Aubenque, 1994: 24).

La historia de la filosofía como *Geistesgeschichte* o “historia del espíritu”

Esta forma de abordar la historia de la filosofía desarrolla, de manera explícita, un interés por la formación del canon filosófico a partir de las problemáticas relevantes que encuentra a lo

largo de la historia del pensamiento. El estudio de la historia de la filosofía se enfoca en dar cuenta de por qué los filósofos históricos se tomaron tan seriamente (o no) cierto tipo de problemas o preguntas. En la *Geistesgeschichte* no importa tanto las respuestas puntuales propuestas por los filósofos a las cuestiones sobre las que reflexionaron sino las razones que los llevaron a hacer que ciertas preguntas fueran los ejes centrales de su pensamiento y por las maneras, similares o no, en que intentaron comprenderlas y responderlas. Kant, por ejemplo, para este enfoque, sería presentado como “el filósofo de las tres críticas”, y su lugar en la historia de la filosofía se mostraría a partir de la problemática que lo llevó a desarrollar su filosofía de esa manera.

La *Geistesgeschichte* presenta los problemas filosóficos, por así decirlo, en sus movimientos a partir de las distintas trayectorias que han tomado a lo largo de la historia de la filosofía. Por esto, a la *Geistesgeschichte* no le resulta determinante analizar si las respuestas concretas dadas por los filósofos históricos son enteramente válidas en nuestra época. Lo que está en juego no es la solución a un problema filosófico puntual sino cierta imagen de la actividad filosófica misma y la relevancia de ciertas temáticas. El interés principal de una historia de la filosofía en este sentido es explicar la naturaleza de las preguntas auténticamente filosóficas, o, al menos, las más relevantes para la filosofía. Este es el enfoque que podemos encontrar en Hegel y, más recientemente en Heidegger, Reichenbach. Foucault, Blumenberg y MacIntyre (Rorty 1990: 78). Otros ejemplos de este género serían la *Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer y la *Teoría de la acción comunicativa* de Habermas (Mendieta, 25: 2008).

Como lo señala Rorty, la “historia del espíritu” usa el sentido honorífico que tiene la noción de “filosófico”, sentido según el cual si algo es “filosófico” significa que debe ser pensado y discutido. Con base en esto, la *Geistesgeschichte* produce una narrativa sobre quién es y

quién no es un filósofo y, a su vez, sobre qué es y qué no es un problema filosófico. Esta narrativa da forma y justifica cierto canon filosófico. Para la fontanería filosófica la *Geistesgeschichte* es particularmente importante por su resultado: la formación de cánones filosóficos a los que los filósofos pueden acudir para entender las dimensiones y las trayectorias de sus problemas filosóficos.

La historia de la filosofía como historia intelectual

Este género se destaca por su mayor amplitud en la medida en que se enfoca en las descripciones de lo que los intelectuales hacían o representaban en un cierto periodo de tiempo, así como también en su interacción con el resto de la sociedad. En el campo de los intelectuales descritos por este género cabrían, además de los filósofos, los científicos, los poetas, los políticos, los historiadores, los literatos, etc. Desde este enfoque, la historia de la filosofía se interesaría por describir la vida intelectual de cierta región en cierto tiempo, los libros que se leían, las preocupaciones que existían, el lenguaje usado, los amigos, los enemigos, los ideales, las profesiones, etc. (Rorty, 1990: 91). Para la historia intelectual tiene muy poca importancia las distinciones entre una “filosofía de primera clase” y “otras filosofías”, así como entre, por una parte, la filosofía y, por la otra, la literatura, la política, la ciencia, la religión, etc. De ahí que los protagonistas de este tipo de historias de la filosofía puedan ser también personas sumamente influyentes a quienes, no obstante, el canon de los grandes filósofos no los toma en consideración. Rorty señala los siguientes ejemplos: Erigena, Bruno, Ramus, Mersenne, Wolff, Diderot, Cousin, Schopenhauer, Hamilton, McCosh, Bergson y Austin. Referirse a estos actores implica hablar de las prácticas institucionales y disciplinares que acompañaron su vida y obra puesto que es necesario explicar por qué debemos tomaren serio a estas figuras a quienes la historia tradicional de la filosofía no ha considerado “tan filosóficas”.

Rorty también incluye, en la lista de posibles protagonistas de historias intelectuales, a los libros y las perspectivas de las personas que tuvieron gran influencia en su época y que lograron realizar justamente lo que se supone que los filósofos deben hacer: incitar reformas sociales, crear un vocabulario nuevo para la deliberación moral o señalar nuevos rumbos para las disciplinas científicas y literarias. Este es el caso, según Rorty, de Paracelsus, Montaigne, Grotius, Bayle, Lessing, Paine, Coleridge, Alexander von Humboldt, Emerson, T. H. Huxley, Mathew Arnold, Weber, Freud, Franz Boas, Walter Lippman, D. H. Lawrence y T. S. Kuhn. Este género es valioso pues nos hace dudar de la historia oficial y nos recuerda que la historia de la filosofía, como todas las historias, es la historia de los vencedores, quienes, por el hecho de serlo, han podido escoger a sus predecesores. Este enfoque, por ende, pretende desarrollar críticas radicales del canon filosófico al presentarlos como “no tan originales y no tan únicos”. Para Rorty, la historia intelectual, además, obliga a que todos los demás enfoques, en especial la *Geistesgeschichte*, mantengan su honestidad, entendida esta como la conciencia de que muy posiblemente nuestra conversación autojustificatoria se realiza realmente con seres de nuestra propia fantasía (Rorty, 1990: 94).

Ahora bien, consideramos que la historia intelectual, tal y como la propone Rorty, debe extenderse y entenderse como una historia crítica de la filosofía. ¿Qué quiere decir esto? Como lo señala Nancy Fraser, una filosofía crítica se diferencia de una acrítica en virtud de una pretensión política determinada, a saber, dirigir su programa de investigación “y su marco conceptual con miras a los objetivos y las actividades de aquellos movimientos sociales de oposición con los que tiene una identificación partidista, aunque no carente de sentido crítico” (Fraser, 2015: 39). Una vez identificados cuáles son las luchas políticas más importantes del presente (por ejemplo, la subordinación de las mujeres para el caso específi-

co de Fraser), una filosofía crítica selecciona sus problemas, plantea sus modelos y emplea las categorías adecuadas con el fin de revelar, comprender e iluminar dichas luchas. Un acercamiento crítico a la historia de la filosofía compartiría entonces esta intencionalidad.

La historia intelectual completa las cuatro formas en las que, según Rorty, es valioso realizar aproximaciones a la historia de la filosofía. Creemos que un verdadero estudio filosófico de la historia de la filosofía debe intentar combinar los cuatro géneros, los cuales, como lo muestra Rorty en su texto, se entrelazan permanentemente. Las reconstrucciones, racionales o históricas, se interesan en los filósofos del canon; no en cualquier pensador secundario; canon que a su vez necesita ser explicado y justificado por las historias del espíritu. Pero, a la vez, estas últimas necesitan cierto nivel de reconstrucción histórica y racional. Finalmente, el espíritu crítico de la filosofía necesita que el canon se encuentre en permanente revisión con el fin de no caer en doxografías; para lo cual se requiere el aporte de las historias intelectuales. Ahora bien, esta combinación, además de inevitable, también debe buscarse conscientemente puesto que cada género por separado nos da una visión unidimensional de la historia de la filosofía que difícilmente podría dar cuenta de la complejidad de la reflexión filosófica. En efecto, si nos acercamos a la historia de la filosofía únicamente a partir de reconstrucciones históricas corremos el riesgo, por una parte, de historizar completamente a la filosofía y, por otra, de volverla un objeto de anticuario en la medida en que quedamos envueltos completamente en lo que los filósofos del pasado dijeron sin preguntarnos por el sentido y la relevancia de sus preguntas para nuestro propio contexto histórico (Piercey, 2017: 282). De otra parte, si solo nos interesamos por realizar reconstrucciones racionales no tendremos cómo controlar los excesos de los posibles anacronismos en los que inevitablemente caeremos. Las historias del espíritu, al menos las rigurosas y completas,

simplemente no se pueden realizar sin reconstrucciones históricas y reconstrucciones racionales ya que, sin la suficiente atención a estas últimas, corremos el riesgo de terminar afirmando una visión maniquea y reduccionistas de héroes (los buenos y verdaderos filósofos) y villanos (los sofistas productores de ideología). Finalmente, el énfasis en “los otros” y “lo otro” propio de la historia intelectual, sin una adecuada integración con los otros géneros más tradicionales, también corre el riesgo de hacer desaparecer la historia misma de la filosofía. Descartes, Spinoza, Kant, Hegel y otros nombres constituyen gran parte de ese pasado filosófico que debemos conocer y, hasta cierto punto, honrar y preservar.

Por todo lo anterior, un acercamiento filosófico a la historia de la filosofía requiere encontrar formas de armonizar los cuatro géneros descritos por Rorty. Los filósofos – fontaneros se interesan en las trayectorias filosóficas del pasado como una forma de entender mejor los problemas filosóficos del presente. Es decir, necesitan tanto de las reconstrucciones históricas y racionales como las historias del espíritu. Además, en especial en nuestro contexto sociopolítico, deberían ser filósofos críticos, esto es, interesados, por una parte, en los problemas que afectan de forma más clara a las voces y grupos sociales marginados, oprimidos y excluidos.

Conclusiones y hallazgos: hacia una posible propuesta didáctica para formar filósofos fontaneros

Ahora bien, ¿cómo incorporar todo lo anterior en una asignatura concreta dedicada a la historia de la filosofía? Consideramos que las reflexiones presentadas anteriormente, en conjunto con las que presentaremos como conclusiones en los siguientes apartados, se constituyen en un llamado urgente a la reflexión pedagógica en los departamentos de filosofía con el fin de transformar sus prácticas y sus orientaciones, en especial en el contexto en el que nos encontramos en virtud de la pandemia ocasionada por la Covid – 19.

Sin lugar a dudas existen muchas formas y escoger la más adecuada dependerá del tipo de asignatura que tengamos en frente. No obstante, concluimos que lo más importante es partir de problemas y de preguntas potencialmente filosóficas, es decir problemas y preguntas que se relacionen con fallas actuales en el funcionamiento de esos sistemas conceptuales señalado por Midgley. La reflexión filosófica solo es posible si se problematizan los fenómenos sociales, políticos, económicos y culturales a partir de la indicación de los elementos que la mirada poco reflexiva no advierte. Vale la pena notar que, aunque de forma y con intencionalidades diferentes, los cuatro géneros validados por Rorty tienen puesta la mirada en los problemas filosóficos detrás de los textos. Ahora bien, de las reconstrucciones racionales tomamos su acento en la necesidad de acudir a la historia de la filosofía, en principio, con base en nuestras inquietudes y cuestionamientos, es decir, tanto las de los profesores como las de los estudiantes. Esto se puede traducir en una pauta metodológica que les exija a los estudiantes plantear, desde el inicio del semestre, los problemas filosóficos desde los cuales leerán los textos de los filósofos históricos que se trabajarán a lo largo de las asignaturas. Se les puede pedir que en su planteamiento realicen un breve resumen de la importancia filosófica del problema, así como de su trayectoria histórica. Naturalmente, lo más probable es que sus problemas no se encuentren bien planteados. La formación filosófica implica aprender a plantear problemas filosóficos, lo cual, solo se logra, con tiempo y práctica. Esta es, como se señaló en los acápites anteriores, una razón de peso para ir más allá de las reconstrucciones racionales y defender la historia de la filosofía como reconstrucción histórica. Como lo señala Hegel, “Las ciencias filosóficas contienen, acerca de sus objetos, los pensamientos *universales, verdaderos*; ellos son el resultado del producto del trabajo de los genios pensantes de todos los tiempos; estos verdaderos pensamientos sobrepasan lo que un joven

no formado puede aportar con *su* pensamiento, en la misma medida en que aquella masa de trabajo genial sobrepasa el esfuerzo de un tal joven” (Hegel, 2000: 141)¹². En otras palabras, si, a nivel pedagógico, entendemos la historia de la filosofía simplemente como reconstrucción racional privamos a nuestros estudiantes (y a nosotros mismos) de la posibilidad de aprender de las maneras como los maestros del pasado plantearon sus problemas y sus propuestas de solución. Este es uno de los grandes aportes de las reconstrucciones históricas.

Ahora bien, como se recordará, para que las reconstrucciones históricas no se conviertan en doxografías, deben tener muy en cuenta los contextos conceptuales e históricos de los textos filosóficos. Por esto, como una forma de acercarse a la terminología propia de cada filósofo se podría recurrir a la elaboración rigurosa de glosarios. Los glosarios se asemejan a los diccionarios por ser recopilaciones de definiciones o explicaciones de palabras o conceptos. Los primeros, no obstante, desarrollan una estructura y un orden lógico – jerárquico y no simplemente alfabético. Además, los glosarios están limitados siempre a un campo temático. En nuestro caso, ese campo temático lo constituiría el texto filosófico trabajado¹³. Esta distinción entre glosarios y diccionarios es fundamental para enfatizar que los conceptos escogidos no pueden ser todos los conceptos descritos por el filósofo. Las entradas del glosario deben ser únicamente los conceptos “más importantes” en relación con el argumento filosófico. Naturalmente puede haber discusión sobre si un término entra o no en esta categoría;

discusión que justamente hace parte de la actividad interpretativa de la filosofía¹⁴.

De igual manera, en las asignaturas de historia de la filosofía se deben encontrar formas de integrar en las temáticas desarrolladas los principales acontecimientos histórico – sociales relacionados de forma implícita o explícita con los problemas filosóficos estudiados. En el caso de la filosofía moderna, por ejemplo, se debería tener la mirada atenta a la reforma protestante, la conquista de un nuevo continente, la revolución científica, las permanentes guerras religiosas, civiles y políticas del continente europeo, en especial la Guerra de los 30 años y la Guerra Civil Inglesa, la formación de los Estados – nación a partir de la paz de Westfalia en el año 1648, la Revolución Industrial y la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas, etc. Todo esto no debe verse como una carga adicional que impida hacer “verdadero trabajo filosófico” puesto que este último no puede hacerse ni entenderse al margen de los acontecimientos sociales e históricos que, de alguna u otra forma, lo originan. Se busca desarrollar entonces un “ir y venir” entre las reconstrucciones racionales y las reconstrucciones históricas. Nuestros problemas filosóficos y los de nuestros estudiantes son la puerta de entrada para acercarnos a los problemas de los filósofos del canon, los cuales, a su vez, nos ayudan a entender mejor los primeros. Este ir y venir entre nuestros problemas y los problemas de los filósofos históricos se justifica en virtud de un elemento característico de los problemas filosóficos: su fluidez y movimiento, tal y como

12 Como lo señala Diego Pineda, en su comentario al pasaje citado de Hegel “Al igual que, para aprender música, parece inconveniente y hasta dañino empezar por ejecutar o componer piezas propias, es preciso ejecutar una y otra vez las más famosas composiciones de los grandes maestros; o, al igual que los pintores se forman a través de imitar una y otra vez a los más importantes pintores; para aprender filosofía, cree Hegel, se requiere de una tradición y de un contenido: el de una ciencia ya configurada que el aprendiz debe percibir como un tesoro del que puede disfrutar al tiempo que forma su espíritu por la adquisición de una disciplina intelectual. Desde esta perspectiva, el aprendiz requiere primero asimilar un contenido dado precisamente porque necesita habituar su pensamiento al trato con los pensamientos universales de todos. Es justo este trato con las ciencias filosóficas el que va moldeando su espíritu; y en ese trato su pensamiento individual adquiere paso a paso la forma de lo universal” (Pineda, 2012: 156).

13 El glosario, como se sabe, puede ser construido de forma colectiva por los estudiantes o puede ser introducido por el profesor. Incluso se puede partir de glosarios preexistentes para confrontarlos con la lectura propia del estudiante.

14 Usar esta metodología tiene una ventaja adicional para la formación filosófica: motivar a los estudiantes el aprendizaje de segundos idiomas: alemán, francés e inglés en el caso de la filosofía moderna y griego y latín en el caso de la filosofía griega y medieval (Durán, 2005: 197).

lo muestran los enfoques que conciben la historia de la filosofía como historias del espíritu o como *Geistesgeschichten*. Incorporar actividades de aprendizaje en asignaturas de historia de la filosofía desde esta perspectiva implicaría encontrar maneras de motivar la comprensión dinámica de los problemas filosóficos. Esto pasa por entender los textos filosóficos situados en la globalidad de la obra producida por el filósofo y en la globalidad de una serie de obras producidas en un periodo filosófico más o menos determinado. Para lo primero, hay que recordar que en muchas ocasiones la perspectiva del filósofo cambia considerablemente. Un curso de historia de la filosofía debería servir para que los estudiantes sean conscientes de esta realidad propia de la filosofía y la vean ilustrada en el caso de los filósofos trabajados en el curso. Para el caso de lo segundo, la imposibilidad de profundizar en ciertas asignaturas en la obra de cada uno de los filósofos se podría aprovechar para que, en lugar de eso, los estudiantes de estos cursos desarrollen una visión panorámica de la totalidad de las obras y del rol específico que desempeñan los textos trabajados en las narraciones histórico – filosóficas propuesta.

Finalmente, en el caso de las historias intelectuales, los lineamientos didácticos que las podrían desarrollar tienen que ver con actividades que, por así decirlo, sacudan el canon de la historia de la filosofía. Esto podría hacerse especialmente de dos formas: establecer actividades que incluyan diálogos con fuentes no filosóficas e incluir visiones y figuras alternativas al canon con una perspectiva crítica. Para un estudio filosófico de la historia de la filosofía, el género de la historia intelectual realiza un aporte fundamental: evidenciar que los problemas filosóficos se originan en y afectan ámbitos propios de diversas disciplinas y saberes. Gran parte de la filosofía moderna inicial (Descartes, Hobbes, Spinoza y Leibniz) se despliega en el horizonte de las posibilidades

y limitaciones de la matemática y la geometría. También son innegables las conexiones de fondo entre la revolución científica de la física moderna, en especial ante los descubrimientos y planteamientos de Newton, y las filosofías de Locke¹⁵ y Kant. Y qué decir de las profundas relaciones entre música, poesía, literatura y las filosofías de Schiller, Schelling y Nietzsche. Las actividades escogidas para desarrollar experiencias de aprendizaje de la historia de la filosofía inspiradas en el modelo de la historia intelectual descrito por Rorty pueden tomar muchas formas. Por ejemplo, se pueden realizar foros de discusión con colegas de otros departamentos especialistas en los temas “no filosóficos”. O también se puede acudir a la propia experticia de los estudiantes quienes, en muchas ocasiones, ya se encuentran familiarizados con otras áreas del conocimiento o incluso ya han realizado o se encuentran realizando otros estudios. La segunda forma en que se pueden desarrollar cursos de historia de la filosofía desde la perspectiva de la historia intelectual implica incluir visiones y figuras alternativas al canon con una perspectiva crítica. Una historia de la filosofía como historia intelectual bien podría esforzarse por presentar los roles y los argumentos filosóficos desarrollados por figuras que, por alguna u otra razón, han sido marginadas del canon, a pesar de su originalidad y relevancia. Este es el caso, especialmente, de las mujeres intelectuales, quienes han sido ampliamente silenciadas por la gran mayoría de narrativas dominantes. En el caso de la filosofía moderna, las pensadoras Sor Juana Inés de la Cruz, Isabel de Bohemia, Margaret Cavendish, Mary Astell y Mary Wollstonecraft merecen un lugar en un canon filosófico mucho más amplio y completo. También podrían intentar establecerse conexiones entre el canon tradicional de la filosofía occidental y pensadores de otras latitudes como Asia, África, India así, como con el pensamiento amerindio¹⁶.

15 Yolton señala las conexiones entre la filosofía de Locke y ciertos asuntos médicos y religiosos que también le interesaban (Yolton, 1986). Para Yolton, “What this reminder of the interdisciplinary nature of most of the writing in these centuries suggests is that an understanding of these authors cannot be successful if we approach them from a strictly disciplinary point of view” (Yolton, 1986: 6).

En el caso del contexto académico latinoamericano, la historia intelectual debería atreverse a ubicar el pensamiento y la situación de nuestro subcontinente en la historia de la filosofía. Esto debería motivar a los estudiantes a plantear sus problemas filosóficos más allá del eurocentrismo y del colonialismo teórico (Dussel, 2007: 12). Una historia crítica de la filosofía, realizada en salones de clase latinoamericanos, debe incluso atreverse a presentar una perspectiva crítica decolonial¹⁷. La histo-

ria intelectual debería llevarnos, entonces, a escoger de forma más selectiva y crítica los problemas filosóficos analizados en nuestras asignaturas. Se trataría, pues, de esforzarse por pensar los problemas de las tuberías que afectan a los oprimidos, los excluidos y las víctimas del “progreso histórico” y no solamente por preocuparse por las tuberías de las grandes mansiones construidas para el disfrute de los vencedores del desarrollo occidental.

Referencias

- Abundez – Guerra (2018), “How to Deal with Kant’s Racism-In and Out of the Classroom”, en *Teaching Philosophy*, 41 – 2, pp. 117 – 135. <https://doi.org/10.5840/teachphil201851185>
- Aubenque P., (1994), “Si y no”, en *Nuestros griegos y sus modernos*. Ediciones Manantial: Buenos Aires.
- Carreno, S. (2019), “The history of philosophy as a philosophical task. Considerations from Heidegger”, en: *Ideas y Valores*, 68 – 169, pp. 301 – 304. <https://doi.org/10.15446/ideasyvalores.v68n169.76874>.
- Cassin, Bárbara, Comp., (1994), *Nuestros griegos y sus modernos*. Ediciones Manantial: Buenos Aires.
- Castro- Gómez, Santiago (1996), *Crítica de la razón latinoamericana*. Puvill Libros: Barcelona.
- Castro- Gómez, Santiago (2005) *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1810)*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro- Gómez, Santiago (2009) *Tejidos oníricos*, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Descartes R., (2011) “El discurso del método”, trad. Manuel García Morente. en: Descartes René, Gredos: Madrid.
- Durán Casas Vicente (2005), “Concepto y práctica de la historia de la filosofía”, en: *Universitas Philosophica*, 44 – 45, pp. 187 – 199. [fecha de Consulta 2 de Julio de 2020]. ISSN: 0120-5323. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=4095/409534407012>
- Dussel Enrique (1994). *Historia de la filosofía y filosofía de la liberación*. Editorial Nueva América.
- Dussel Enrique (2007). *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*. Trotta: Madrid.
- Fraser Nancy, (2015), *Fortunas del feminismo*, Verso.
- Garber, Daniel. (1988). “Does History Have a Future?”, en P.H. Hare *Doing Philosophy Historically*. Buffalo: Prometheus Books.

16 Ya existen una gran cantidad de textos que realizan este tipo de diálogo filosófico intercultural. Ver, por ejemplo, para el caso de la filosofía china el libro publicado por Bryan W. Van Norden titulado *Taking Back Philosophy A Multicultural Manifesto* (2017).

17 Recientemente Eduardo Mendieta ha propuesto una tipología no exhaustiva sobre cómo llevar a cabo lo anterior (Mendieta, 2017). En Latinoamérica son ampliamente conocidos los trabajos de Boaventura de Sousa Santos (2009). En Colombia los trabajos de Santiago Castro (1996, 2005 y 2009) constituyen un gran apoyo para lo anterior.

- Gazit, Y (2019). “Appropriation, Dialogue, and Dispute: Towards a Theory of Philosophical Engagement with the Past”, en: *Journal Of The Philosophy Of History*, 13 – 3, pp. 403 – 422, <https://doi.org/10.1163/18722636-12341435>.
- González-Castán, Oscar L. (1999) “Reflexión historiográfica y tradiciones filosóficas: un conflicto sin resolver”, en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 16, 35-56, Editorial Complutense, Madrid. Recuperado a partir de <https://revistas.ucm.es/index.php/ASHF/article/view/ASHF9999110035A>
- Gutiérrez Carlos B. (2008), “La filosofía y su historia”, en *Ideas y Valores*, No. 137, pp. 63-73. [Fecha de Consulta 2 de Julio de 2020]. ISSN: 0120-0062. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=809/80915459004>
- Hegel, G. W. F. (1995) *Lecciones sobre la historia de la filosofía I*. Trad. Wenceslao Roces. Fondo de Cultura Económica: México.
- Hegel, G.W.F. (2000). *Escritos pedagógicos. (Trad. Arsenio Ginzó)*. México: FCE.
- Hutton, S. (2019). “Women, philosophy and the history of philosophy”, en: *British Journal For The History Of Philosophy*, 27 – 4, pp. 684-701, <https://doi.org/10.1080/09608788.2018.1563766>
- Mendieta Eduardo (2008). “Elogio a la herejía: el ateísmo radical de Rorty”. En *Ideas y valores*, No. 138, pp. 17 – 28. [Fecha de Consulta 2 de Julio de 2020]. ISSN: 0120-0062. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=809/80915465002>
- Mendieta Eduardo (2017). “Macondo Time: On Alejandro Vallega’s Latin American Philosophy. From Identity to Radical Exteriority”, en: *Inter-American Journal of Philosophy* Volume 8, Issue 2, pp. 24 – 32. [Fecha de Consulta 2 de Julio de 2020]. ISSN: 0120-0062. Disponible en <http://ijp.tamu.edu/blog/wp-content/uploads/2017/12/Mendieta-.pdf>
- Midgley, Mary, (2002), *Delfines, sexo y utopía*. Fondo de Cultura Económica.
- Mitralaxis, S. (2018), “Parallel, additional or alternative histories of philosophy? Questions on the theory and methodology of the history of philosophy”, en: *British Journal For The History Of Philosophy*, 26 – 6, pp.1222-1233, <https://doi.org/10.1080/09608788.2018.1458281>
- Mora Arnoldo (2002), “Filosofía e historia de la filosofía” en: *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XL (101), pp. 53 – 58. [Fecha de Consulta 2 de Julio de 2020]. ISSN: 0120-0062. Disponible en <http://ijp.tamu.edu/blog/wp-content/uploads/2017/12/Mendieta-.pdf> <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/169552>
- Nichols, Ryan (2006), “Why is the History of Philosophy Worth our Study?”, en *metaphilosophy*, Vol. 37, No. 1. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9973.2006.00411.x>
- Piercey, Robert (2017). “The Metaphilosophy of the Analytic– Continental Divide: From History to Hope”, en *The Cambridge Companion to Philosophical Methodology*, Cambridge University Press.
- Pineda, Diego (2012). “Hegel: sobre la enseñanza de la filosofía”, en *Universitas Philosophica* 59, año 29: 139-159. [Fecha de Consulta 2 de Julio de 2020]. ISSN: 0120-0062. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=409534426009>
- Popkin, Richard. (1985). “Philosophy and the History of Philosophy.” *Journal of Philosophy* 82:625–32. <https://doi.org/10.2307/2026418>
- Reichl, P. (2020). “Making history philosophical: Kant, Maimon, and the evolution of the historiography of philosophy in the critical period”. En: *British Journal For The History Of Philosophy*, 28 – 3, pp. 463-482. <https://doi.org/10.1080/09608788.2019.1678110>
- Rorty, Richard (1990), “La historiografía de la filosofía: cuatro géneros”, en Richard Rorty, Jerome B. Schneewind y Quentin Skinner (eds.), *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, Barcelona, Paidós, pp.

69-98.

Santos, Boaventura de Sousa (2009), *Una epistemología del sur*. Siglo del Hombre Editores.

Taylor, Charles (1990), “La filosofía y su historia”, en Richard Rorty, Jerome B. Schneewind y Quentin Skinner (eds.), *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, Barcelona, Paidós, pp. 31 – 48.

Van Norden, Bryan (2017), *Taking Back Philosophy A Multicultural Manifesto*. Columbia University Press.

Vegas González Serafina (1993), “La revisión neohistoricista del significado de la historia de la filosofía”, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 10, 11-42, Editorial Complutense, Madrid. [Fecha de Consulta 2 de Julio de 2020]. Disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/ASHF/article/view/ASHF9393110011A>

Yolton, John. 1986. “Is There a History of Philosophy?” *Synthese* 67: 3–21. <https://doi.org/10.1007/BF00485506>